

Francisco Pérez Guzmán: contribución a su *memorabilia*

Enrique López Mesa

Investigador

La muerte del doctor Francisco Pérez Guzmán, el 21 de mayo de 2006, conmovió a la comunidad de historiadores cubanos. No sólo por la simpatía de que siempre disfrutó dentro del gremio y por los méritos de su obra, sino por su esforzada trayectoria profesional, y por la cruel ironía de que el cáncer se lo llevara justamente cuando acababa de recibir el Premio Nacional de Historia y el Premio Nacional de Ciencias Sociales. Con estas líneas quiero rendirle tributo al viejo amigo. Otros colegas se referirán a su modestia, a su muy cubano sentido del humor y, en particular, a los valores científicos de su obra. Yo sólo lo haré sobre sus años de formación como historiador, los que considero su etapa heroica por las dificultades que afrontó para llevar adelante su labor investigativa.

Conocí a Panchito a fines de 1968, a raíz de haberme iniciado como investigador en la antigua Sección de Historia del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Nuestros encuentros habituales eran en el Departamento Colección Cubana de la



Biblioteca Nacional José Martí, hoy denominado Sala Cubana. Por entonces bajo la jefatura de Paco Chavarri, el departamento conservaba el espíritu de la época de oro de la Biblioteca, o sea, aquella en la que había sido dirigida por la doctora María Teresa Freyre de Andrade. Para mí, aquel lugar era como una Grecia criolla, pues allí se respiraba lo mejor de la cultura cubana.

En realidad, Colección Cubana constituía el centro de un espacio físico y cultural que también comprendía la fraterna Sala Martí, los vecinos departamentos de Catalogación, Arte y Música, y los cubículos de los investigadores, alineados a ambos lados del pasillo central. Entre estos resaltaban dos: en uno de los flancos, la “perre-ra” de Juan Pérez de la Riva, el discípulo cubano de Marc Bloch, con su pipa siempre humeante y su sabiduría siempre generosa; y en la “acera” de enfrente, el cubículo de la sin igual

Zoila Lapique, atiborrado de papeles, revistas, folletos, partituras, fotografías y libros donde —para espanto mío— hasta existía una pequeña hornilla de alcohol, destinada a calentar el café. Además de Juan y Zoila, en aquella área del tercer piso de la Biblioteca Nacional desplegaban su labor investigativa Eliseo Diego, Cintio Vitier, Fina García Marruz, César García del Pino, Roberto Friel, Gustavo Eguren y Armando Caballero, a los que pronto se sumarían Octavio Smith, Alberto Muguercia y Guillermo Sánchez. Todos recibían el apoyo de un personal técnico notablemente calificado, como lo eran Siomara Sánchez, Araceli y Josefina García-Carranza, Elena e Hilda Giráldez, Aurelio Cortés, Elena Graupera, María Luisa Antuña, Ernesto de los Ríos, Eudoxia Lage, Leonor Jané, Miguelina Ponte, Magno Mitjans, Marta García Hernández, Celestino Blanch, Teresa Proenza y otros cuyos nombres quedan en un injusto y provisional olvido. Uno de los mejores historiadores cubanos, Jorge Ibarra Cuesta, si bien no pertenecía a la plantilla de la Biblioteca Nacional, de hecho era una presencia cotidiana, dada su condición de jefe del equipo de asesores históricos del Instituto Cubano de Radiodifusión, los que contaban con un cubículo en ese mismo piso. Entre ellos figuraba Abraham Rodríguez, que llegaría a ser uno de los mejores dramaturgos cubanos contemporáneos. Quien quiera tener una idea de lo que fue esa época del Departamento Colección Cubana, que revise la colección de la *Revista de la Biblioteca Nacional* correspondiente a aquellos años, en cuya edición se esmeraba Siomara

Sánchez, bajo la “aristocrática” supervisión de Juan Pérez de la Riva.

Además de los antes mencionados, en las jornadas diurnas el departamento era visitado por otros importantes investigadores, entre los que recuerdo a Olga Cabrera, Oscar Zanetti, Rina Caballero, Blanca Morejón, Florencia Peñate, Luz Merino y Carlos del Toro. Pero lo mejor ocurriría después. En aquellos años, el Departamento Colección Cubana funcionaba hasta las nueve de la noche y esto permitía que pasadas las cuatro o las cinco de la tarde comenzaran a llegar a aquella sala intelectuales que se veían precisados a realizar sus investigaciones en su tiempo libre, todos con el propósito de consultar el rico patrimonio bibliográfico y documental allí atesorado. La coincidencia cotidiana de estos historiadores, unida a la libertad de movimiento facilitada por la partida del personal técnico y administrativo, propició el surgimiento espontáneo de unas tertulias vespertinas, que se prolongaban hasta la hora del cierre. Aquellas tertulias se enmarcaban en una vieja tradición cubana a la que se han referido Ambrosio Fornet y José Antonio Pascual. En ellas participaban varios de los ya mencionados, así como Pedro Deschamps Chapeaux, Candelario Hernández Larrondo, Manuel Moreno Fragonals, Rodolfo Sarracino, Juan Jiménez Pastrana, Hiram Dupotey, Abelardo Padrón y otros que ahora escapan a mi memoria. Periódicamente contábamos con la grata visita del historiador santiaguero Juan Andrés Cue y Bada, siempre en procura de datos sobre Vicente García. Tampoco faltaban arquitectos —como Enrique

Fernández y Virgilio Perera—, diseñadores gráficos —como Orlando Casanueva— y músicos, como el maestro Obdulio Morales, quien se enfrascaba con Zoila Lapique en profundos análisis acerca del cinquillo como célula rítmica de nuestra música popular. Las más nuevas generaciones de investigadores también se asomaban a aquellas tertulias. Recuerdo la noche en que la juvenil Ana Cairo cruzó el salón para saludarnos por primera vez.

El centro de aquellas reuniones informales lo era el doctor Luis Felipe Le Roy y Gálvez, Historiador de la Universidad de La Habana. Llegaba después de las 4:30, con su aspecto cardenalicio, su vasta erudición científica y su inagotable repertorio de anécdotas y chismes sobre los entretelones de la historiografía cubana. En las mesas de Colección Cubana redactaba —con lápiz— sus libros y artículos, pontificaba sobre los temas más disímiles y se solazaba en “arrancarle las tiras del pellejo” a su “víctima” de turno, que podía ser Fermín Valdés Domínguez, Carlos Roloff o Emilio Bacardí. Al filo de las siete, ante el asombro de todos, sorbía lentamente un gran vaso de café que le traía Sebastián, uno de los mozos de limpieza, y continuaba impertérrito su trabajo. Le Roy era un positivista convencido que manejaba las fuentes con la asepsia y meticulosidad de un laboratorista. Siempre tuve la impresión de que aplicaba a la Historia los métodos del Análisis Químico, asignatura de la que era profesor en la Universidad de La Habana. Él le trasladó generosamente a Panchito sus conocimientos biográficos sobre Antonio Maceo, la información que

acumulaba sobre la acción de San Pedro y le dio el espaldarazo al prologar su primer libro.

El protagonismo de Le Roy sólo se tambaleaba cuando aparecía en escena el Marqués. Así apodábamos al simpár Manuel Moreno Fragonal, dado su porte de noble europeo y su peculiar dicción. Con sus frases absolutas, producía un efecto casi hipnótico sobre el auditorio y siempre nos dejaba convencidos de que su más reciente hallazgo documental —fuera cual fuera— cambiaría radicalmente la interpretación de algún importante pasaje de la Historia de Cuba. Hace muy pocos años, Luisa Campuzano nos regaló un magistral retrato psicológico de Juan Pérez de la Riva.¹ De habérselo propuesto, Panchito hubiera podido hacer otro tanto con Moreno Fragonal, pues atesoraba innumerables anécdotas suyas, acumuladas a lo largo de muchos años de amistad. Citemos una de sus favoritas, pues reflejaba de forma indirecta la personalidad del gran historiador cubano. En una ocasión, mientras leía un libro en Colección Cubana, Pancho se tropezó con una palabra desconocida para él: *hipérbole*. Levantó la vista y le preguntó a Zoila Lapique por su significado. Tras un inicial titubeo, en busca de una definición precisa, Zoila exclamó concluyente: “¡Chico, *hipérbole* es... como habla el Marqués!”.

Quizás Panchito y yo no nos percatamos entonces del privilegio que teníamos de haber accedido directamente al más alto nivel de la intelectualidad cubana sin antes haber transitado por las escalas intermedias, de que éramos partícipes de un mo-

mento irrepetible. No obstante, era curioso observar la naturalidad con que él se insertó en aquel ambiente, en el cual se desenvolvía a la perfección. Y no sólo eso, sino que lo disfrutaba con fino sentido del humor. A lo largo del tiempo siempre recordó frases, ocurrencias y hasta gestos de algunos contertulios y gustaba de recordarlas en nuestras conversaciones.

En Colección Cubana se discutía sobre aspectos polémicos de nuestra historia; cada uno informaba de la marcha de su respectiva investigación; intercambiábamos datos y referencias; y, lo más importante, reinaba un sano espíritu de solidaridad profesional, de respeto por la opinión ajena, y un alto nivel científico. Por aquellos años, y en aquellas mesas, nacieron o se terminaron varios libros básicos de nuestra historiografía y de nuestra cultura en general. Baste mencionar *El ingenio*, de Manuel Moreno Fraginals —publicado en 1978, que contó con la eficaz colaboración de Zoila Lapique y Virgilio Perera. Durante años, todos seguimos con atención el crecimiento de aquella obra, considerada con justeza la más importante de su género publicada en Cuba en el siglo xx, así como de la “Iconografía de la Guerra de los Diez Años”, preparada por Zoila y Moreno, libro aún inconcluso. Pero allí también fueron escritas tres obras que merecen mención por especiales razones: una es la acuciosa investigación de Luis Felipe Le Roy sobre la infortunada expedición del *Virginus*, el texto más completo que se haya hecho acerca de ese trágico episodio de la Guerra Grande. Más de tres décadas después de que su autor lo entregara a la Editorial

de Ciencias Sociales, permanece inexplicablemente inédito.² Otro caso similar es el del utilísimo “Diccionario de artistas plásticos cubanos”, de Guillermo Sánchez Martínez, que también lleva más de treinta años en manos del Instituto del Libro. Por su parte, César García del Pino —el decano de los historiadores cubanos—, a sus ochenta y siete años de edad continúa esperando por la publicación de “Mil criollos del xix”, diccionario biográfico de inestimable ayuda para el conocimiento de nuestro pasado. Ese compromiso institucional de la Biblioteca Nacional se ha venido aplazando durante más de treinta años.³ Panchito y yo compartimos la amargura de que estos libros no hubieran sido publicados. Fue tema frecuente en nuestras conversaciones. Siempre he dicho que pudiera hacerse una bibliografía de la historiografía cubana inédita. Además de los antes mencionados, y de quién sabe cuántos otros, en ella también figurarían en lugar principal las memorias de José Luciano Franco, a pesar de que en 1978 se anunciara que Ediciones Unión las publicaría “en los próximos meses”.⁴

El Departamento Colección Cubana y sus tertulias fueron la verdadera universidad de Panchito y mía. Ambos éramos dos jóvenes historiadores militares autodidactos, que nos habíamos adentrado en el terreno de la investigación sin ninguna formación profesional para ello, guiándonos sólo por la intuición y el amor a nuestro pasado, dos novatos que íbamos a aprender de los maestros. Allí coincidíamos frecuentemente y allí se inició nuestra fraterna amistad de treinta y ocho años. Aquellas tertulias vespertinas

perviven en mi memoria como una época dorada. Hoy en día, a la misma hora, la Sala Cubana de la Biblioteca Nacional es casi un desierto. ¿Qué ha ocurrido? ¿Podemos acudir al socorrido expediente de achacárselo al llamado “período especial”?

Fue aquella la etapa más heroica de la carrera de Panchito como historiador. Había participado en la lucha clandestina contra la tiranía de Batista y al triunfo de la Revolución se había incorporado a la Asociación de Jóvenes Rebeldes y las Milicias Nacionales Revolucionarias. Fue uno de los jóvenes que ascendieron cinco veces el Pico Turquino y después había estudiado técnica de aviación en la República Popular China. Prestaba servicios en la Base Aérea de San Antonio de los Baños cuando se despertó en él la vocación por la historia. Al finalizar su día de trabajo, tomaba su motocicleta soviética y recorría decenas de kilómetros hasta la Biblioteca Nacional, para investigar en el Departamento Colección Cubana. A la hora del cierre, se montaba de nuevo en su vehículo y partía rumbo a su lejano hogar de Güira de Melena para, al día, siguiente, repetir el extenuante ciclo intelectual-automotriz. Desde entonces, Panchito se convirtió en un ejemplo para todos nosotros. Alguien que fuera capaz, en la Cuba de los años sesenta y setenta, de realizar casi todos los días tamaños sacrificios, sin esperar ningún tipo de recompensa material, simple y llanamente por amor a la historia de nuestra patria, era alguien digno de respeto y admiración. Aquella etapa heroica le ganó a Panchito un lugar de excepción entre los historiadores cubanos. Siempre dis-

frutó de una estimación especial entre los que lo conocimos entonces y entre quienes lo conocieron después, sabedores de que se había abierto paso desde abajo y sin ningún apadrinamiento extra científico. En aquellos años no hubo otro historiador cubano que afrontara más vicisitudes para investigar que aquel joven delgado e inquieto que iba y venía por las carreteras, remedo de un Quijote motorizado, siempre en pos de la verdad histórica.

Panchito se insertó en la mejor tradición de los historiadores vocacionales cubanos, de la cual podemos enorgullecernos. No olvidemos que en nuestro país no existió la carrera universitaria de Historia hasta 1962. Con las escasas excepciones de Julio Le Riverend, Manuel Moreno Fragnals y Carlos Funtanellas –que la cursaron en México–, y de Juan Pérez de la Riva –que lo hizo en Francia–, los historiadores cubanos de la primera mitad del siglo xx se formaron empíricamente. Aun aquellos que tuvieron la suerte de pasar por las aulas universitarias, eran graduados de Derecho –como Emilio Roig de Leuchsenring y Leonardo Griñán Peralta–, de Pedagogía –como Ramiro Guerra y Juan Jiménez Pastrana–, de Medicina –como Benigno Souza–, o de Química –como el ya mencionado Luis Felipe Le Roy. Otros, procedían del periodismo, como Gonzalo de Quesada y Miranda. Y entre ellos se destacaba el grupo para mí más meritorio: el de quienes no habían recibido ningún tipo de educación superior, como eran los casos de José Luciano Franco, Gerardo Castellanos y Joaquín Llaverías.

Un capítulo aparte lo merecen los historiadores locales. Además de luchar

contra la indiferencia pueblerina, tenían que viajar con periodicidad a la capital para consultar las fuentes de nuestras principales bibliotecas y archivos. En mi memoria resalta uno de ellos, que también fuera gran amigo de Panchito. Me refiero a Candelario Hernández Larrondo, *Candito*, el historiador de la villa de Güines. Su participación en aquellas tertulias siempre era gratísima para todos, pues hablar con él era como hablar con la historia misma.

Panchito supo aquilatar la importancia de esa tradición historiográfica cubana y ponerse a la altura de ella. Su primer resultado científico con impacto nacional fue el libro *La Guerra en La Habana*, aparecido en 1974. Esa obra disipó cualquier duda que pudiera existir acerca de su capacidad para el trabajo intelectual. El reconocimiento que le valió, le propició su primera misión investigativa en el Archivo General de Indias, en Sevilla, donde dio continuidad a la prolija labor de acopio documental de uno de sus maestros: César García del Pino.

No obstante, se mantenía la incompatibilidad entre sus tareas cotidianas y su carrera como investigador. En el interín, había logrado trasladarse para una unidad militar más cercana a la capital, en la cual impartía clases, pero donde tenía que participar de la preparación combativa como cualquier otro oficial, y continuar el abnegado ciclo intelectual-automotriz que comenzara en San Antonio de los Baños. Sólo en 1973 le fue posible ocupar una plaza de periodista en el semanario *Verde Olivo*, órgano de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). Era una tarea más próxima a su perfil profesional que las

que antes había desempeñado. Además, el local de la revista estaba cercano a su entrañable Biblioteca Nacional y, en ese sentido, era un significativo paso de avance.

En una de nuestras últimas conversaciones —ya doblemente premiado— pude comprobar que guardaba la amargura de que, en los años setenta, una funcionaria —de cuyo nombre, por muchas razones, no puedo olvidarme— no lo aceptó como investigador en la Sección de Historia del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (MINFAR), que era el lugar idóneo para él. Se dio así la paradoja de que el mejor historiador militar de nuestras guerras de independencia nunca formó parte de aquella Sección, a pesar de ser oficial de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

Después de estudiar la licenciatura en Historia en los cursos nocturnos de la Universidad de La Habana, y ya provisto del título correspondiente, en 1983 Panchito pudo obtener una plaza de investigador en el antiguo Instituto de Ciencias Sociales de la Academia de Ciencias de Cuba, en el Capitolio Nacional, en el cual llegó a ser jefe del Departamento de Historia. ¡Al fin estaba donde debía estar! De allí pasaría en 1988 al actual Instituto de Historia de Cuba, donde sirvió hasta su muerte. Pero en ningún momento esta anhelada unidad entre la vocación y el cargo significó para él un “acomodamiento” con respecto a su heroica etapa anterior. Y no sólo porque continuaba sus diarios traslados entre Güira de Melena y La Habana, ya fuera en tren, en guagua, en camiones, en “botellas” o en lo que encontrara, sino porque Pancho mantuvo

hasta el final su sentido del trabajo con las fuentes primarias, única manera posible de aportar un nuevo conocimiento. Incluso en los días en que se veía precisado a permanecer en el local del Instituto de Historia de Cuba, sentía la necesidad psíquica de no regresar a su terruño sin antes trabajar en la Biblioteca Nacional, y acudía a la Sala Cubana, aunque sólo fuera por una hora, para después correr hacia la Estación de Tulipán, a abordar el tren, o rumbo a la calle 26, a tomar la “guagüita de los maestros”, como él la llamaba.

Para resumir: Panchito comenzó a ser un ejemplo para todos nosotros en la que he denominado como su “etapa heroica” de fines de los años sesenta y principios de los setenta, pero continuó siéndolo hasta el final de su vida. Hace más de cinco décadas, un destacado intelectual cubano contraponía la

Historia científica a la que él, un poco peyorativamente, llamaba Historia patriótica. Esto pudiera ser materia para un largo análisis; pero Francisco Pérez Guzmán demostró con su vida y su obra que ciencia y patriotismo no son términos excluyentes.

Notas

¹Campuzano, Luisa. Juan Pérez de la Riva: confesiones de una secretaria. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana) 92(3-4):115-118; jul.-dic. 2001.

²Del mismo autor también permanece inédita su extensa y documentada historia de la Universidad de La Habana, de la cual publicó una síntesis en la *Revista de la Biblioteca Nacional*.

³Otro tanto puede decirse del libro del musicólogo Alberto Muguercia sobre el cubanísimo Trío Matamoros, investigación hecha en la Biblioteca Nacional y que el público lector también ha esperado por décadas.

⁴*La Gaceta de Cuba* (La Habana) (171):8-10; sept. 1978.

